

Estos resistieron con encarnizamiento, animados á su vez por la presencia del general Taylor que contemplaba la lucha y era testigo del denuedo con que combaten nuestras tropas y del valor con que saben comprar el triunfo cuando son conducidos por jefes hábiles y bizarros.

En vano rompió el enemigo un terrible fuego de artillería que hizo grandes estragos convirtiendo las casas en escombros; en vano recibió fuerzas de refresco; tuvo que ceder al impulso de los nuestros que infundieron primero respeto y luego pánico en las filas contrarias, teniendo al fin el general Taylor que ordenar la retirada definitiva, replegándose con todas sus fuerzas á su campamento del bosque de Santo Domingo.

Eran las tres de la tarde cuando terminó esta serie de combates que costaron al Invasor cerca de 500 hombres entre muertos y heridos, inclusive un general y 96 oficiales, sin haber obtenido más ventaja que ocupar el reducto aislado de la Tenería, donde dejó una pequeña guarnición.



V

CAPITULACIÓN DE MONTERREY

Habiendo en general tenido mal resultado los ataques que los americanos emprendieron sobre el Norte y Noreste de la plaza de Monterrey, resolvió el general Taylor trasladar sus operaciones al Oeste, atacando el cerro del Obispado al amanecer del día 22 como principio de subsecuentes operaciones.

Al efecto, una batería que instalaron en el Fortín de la Federación que habían tomado el día anterior, rompió sus fuegos sobre éste, protegiendo el asalto que ejecutó una columna sobre la pequeña obra de la cresta, situada á la espalda de la fortificación.

La fuerza que guarnecía la mencionada cresta fué sorprendida y no opuso sino una débil resistencia. Los americanos se apoderaron de una pieza de artillería, y con otra que subieron dispararon sobre del Obispado, sostenido apenas por 200 hombres y tres piezas de artillería al mando del teniente coronel don Francisco Berra, quien pidió tropas de refuerzo á la plaza. El general Ampudia se contentó con enviarle 30 dragones á pie.

El enemigo organiza tres columnas de asalto á las que se oponen parte de la fuerza del Obispado; trábase una lucha desesperada en que los nuestros, agobiados por el número, tuvieron la peor parte; sin embargo se contuvo por algún tiempo el impulso del invasor.

Si en aquellos momentos el general Ampudia hubiera utilizado las tropas de reserva enviándolas á sostener la lid, se habría arrojado á los adversarios, arrollando sus columnas. Mas no fué así, se le permitió que con fuerzas superiores atacara, unos tras otros, puntos aislados y con cortas guarniciones en cuyo auxilio no iba la reserva.

Á las 4 de la tarde penetraban las columnas americanas en las obras del cerro del Obispado cuyos defensores tuvieron que retirarse á la plaza, batidos por los fuegos de nuestra misma artillería, que no se pudo clavar á tiempo.

Refiérese que se cometió el imperdonable y vergonzoso descuido de dejar abandonada una bandera nuestra, enarbolada en lo alto de un montículo cercano á la fortificación. En el desorden y confusión de la retirada, un humilde soldado mexicano notó el abandono de nuestra sagrada enseña, hacia la que se dirigía un grupo de soldados enemigos; entonces él, empuñando su fusil, corrió á la bandera, arrostrando el fuego de los vencedores, y heroicamente la arrancó, salvándola de la afrenta que le esperaba!

El ataque de toda la Loma de la Independencia, en cuya parte Suroeste se encuentra el Obispado, lo efectuaron las tropas de la división de Worth, desprendidas del Fortín de la Federación.

Con su triunfo quedaba dominado el Poniente de Monterrey y el camino del Saltillo, dejando cortada á

nuestras fuerzas toda comunicación con el resto de la Republica.

Muy tarde fué cuando el general Ampudia se decidió á enviar tropas en auxilio de la posición, cuando ya había caído en poder del enemigo y cuando nuestros soldados entraban en desorden, perseguidos y acuchillados por destacamentos ligeros enemigos.

El general Worth, después de presenciar la toma del fuerte, se adelantó con el resto de sus tropas y una batería, é hizo subir y colocar en el *bonete* nuevos cañones que empezaron á dirigir sus fuegos sobre la plaza.

En ella produjo un pánico atroz esta derrota, abatiendo profundamente la moral de la Guarnición. Para colmo de desastres, el general en jefe en vez de prepararse á una defensa más enérgica, ejecutar una salida, ó intentar siquiera recuperar alguno de los puntos tomados, hizo abandonar la defensa de la primera línea, desamparando las obras más avanzadas por el Poniente, Norte y Oriente, conservando sólo algunas del Sur, á la orilla del río, á muy poca distancia de la ciudad. Se mandó encerrar también algunos cuerpos de caballería dentro de la plaza, desmontando á la tropa para que sirviese como infantería.

El abandono de la primera línea de defensa se ejecutó en la noche del 22, en medio del mayor desorden, porque multitud de soldados y oficiales, con más pundonor y patriotismo que muchos jefes, se negaban á obedecer semejante orden... ¡Repugnaba á su espíritu militar, á su corazón de mexicanos, dejar al enemigo aquellas trincheras, aquellos reductos que tantos días de fatigas y noches de vela, de esfuerzos, de miserias y de privaciones, habían costado; entregar aquellos parapetos al odioso Invasor sin disputárselos,

sin hacérselos pagar caro ¡á buen precio de sangre hasta quemar en su defensa el último cartucho! ¡Oh! si todas esas trincheras se hubieran defendido con el mismo brío con que se defendió el *Fortín de la Tenería* aunque hubiesen corrido igual suerte, qué pérdidas habría sufrido nuestro adversario!

El día anterior en unas cuantas horas había tenido cerca de 400 hombres fuera de combate, en los ataques de la Tenería, el Rincón del Diablo y el puente de la Purísima. Regimientos enteros de las tropas de Taylor habían retrocedido derrotados ante el fuego de nuestras fatigadas tropas... ¿por qué no se habían defendido con el mismo denuedo las demás fortificaciones que así se abandonaban?...

Dentro de la ciudad, en la tercera línea de defensa se cerraron las bocacalles con trincheras, barricadas y sacos á tierra, y se aspilleraron las casas, coronando las azoteas con tiradores.

Al amanecer del día 23 pudo observar el general Quitman desde su posición de la Tenería el abandono de la primera línea, dando parte de ello al general Taylor, quien ordenó que fuesen ocupados inmediatamente aquellos puntos, disponiendo un asalto á la ciudad por la parte Oriental.

Avanzó al efecto el Regimiento de Rifleros de Misisipi, sin encontrar resistencia, hasta dar contra las trincheras interiores, donde fué saludado á metrallazos. Tuvo que replegarse bajo el fuego de nuestra infantería que coronaba las azoteas. El general Quitman envió como refuerzo el regimiento de Tennessee y el regimiento Texano del Este, que avanzaron con más precaución por las azoteas, por las huertas y el interior de las casas, ganando el terreno palmo

palmo y dando lugar á combates parciales y aislados en que se luchaba cuerpo á cuerpo, pecho contra pecho, bayoneta contra bayoneta, disparándose los fusiles y los rifles á quema ropa, hundiéndose las espadas hasta la empuñadura, dentro de los vientres de los combatientes, en el colmo del furor y el odio!... Tremendos gritos y alaridos repercutían.... Tronaban descargas de cañones y fusiles.

¡Fué aquella una refriega espantosa! Otros cuerpos americanos fueron enviados en apoyo de los primeros, lo mismo que una batería que empezó á cañonear las trincheras; pero su fuego resultó ineficaz por no poder obrar los artilleros á descubierto por entre las tortuosas calles de los barrios de Monterrey.

Había un gran entusiasmo entre nuestra tropa, que se batía con admirable valor, dispuesta á la muerte, lanzando vivas á la patria....

En el fondo de tan terrible cuadro destácase una nota bellísima: recorría las filas mexicanas, entre el humo y la sangre, una dama de tierno y hermoso aspecto, repartiendo refrescos y comestibles á la tropa, animándola al combate con delirante entusiasmo y alto patriotismo... Veíasela en las azoteas, yendo á dar de beber á los más esforzados combatientes, reanimando á los que extenuaba la fatiga, consolando á los heridos, prodigando vino, pan y carnes á los bravos, sin cesar de repetir con acento vibrante y argentino:

— ¡Fuego, muchachos! ¡fuego, buena puntería! ¡á ellos! ¡viva México!... ¡allá voy! un momento... ¡allá voy! no desperdiciar un solo tiro!... ¡Viva México! ¡Viva la patria! ¡Viva Monterrey!

¡Épicamente sublime era aquella tierna belleza

femenina, apareciendo como el Ángel de la Gloria entre aquellos toscos soldados que la salpicaban de polvo y sangre con sus callosas manos, — negras y rojas, — quemadas por el fuego del combate!

El nombre de esta heroica dama ha pasado á la historia destacándose con letras de sol en una de sus páginas más negras: *María Josefa Zozaya!*

Notando el general Worth en sus posiciones del Oeste el estruendo de la lucha que se encarnizaba en el Oriente de la ciudad, quiso no ser menos impetuoso que sus colegas los generales Quittman y Taylor, y él, por su parte, lanzó sus columnas sobre los barrios del Poniente de Monterrey. Y también por ese rumbo se generalizó la lucha; y las columnas de Worth fueron detenidas en las primeras calles por nuestra infantería, que desde las azoteas, tras las paredes de las casas atroneras y desde las trincheras, hacía un fuego vivo y certero. ¡Vibraron los gritos de guerra de nuestros soldados, sedientos de sangre enemiga! Los americanos tuvieron que retroceder para seguir el ataque en otra forma: más lentamente; horadando las casas y procurándose también improvisadas trincheras desde donde contestaban, á su vez, á nuestros fuegos, entablándose un terrible duelo á fuego graneado y á cañonazo seco!

Ocho compañías americanas entraron hasta la plaza de la Capilla, en cuyos ángulos colocaron piezas de artillería apoyadas por secciones de infantería; avanzando luego hacia la Plazuela de la Carne donde había una fuerte trinchera y en cuyas cercanías se trabó una refriega desesperada. El resto de la artillería de Worth se instaló en el Camposanto desde donde se

empezó á batir la ciudad, habiéndose instalado otra batería en una colina al Sur de la plaza.

Un mortero de grueso calibre se montó ante la Capilla, con el objeto de empezar el bombardeo.

Mientras estas operaciones se ejecutaban y el fuego de la pelea ensangrentaba cuartos, patios, calles y plazuelas en el rumbo occidental de Monterrey, las columnas que el general Quittman había lanzado sobre el Oriente se retiraban por orden del general Taylor sin haber logrado su objeto, rechazadas con grandes pérdidas, abandonando manzanas enteras que habían ocupado á fuerza de valor y energía, replegándose las tropas americanas á sus posiciones del Rincón del Diablo, la Tenería, y á las otras adyacentes que habían pertenecido á nuestra primera línea de defensa.

Al caer la tarde cesó el combate por todas partes; y en la noche el adversario empezó á arrojar bombas sobre el centro de la plaza, cuya guarnición se había batido con tanto brío, sufriendo en extremo, pero capaz aún de soportar y resistir nuevos ataques, enardecida con las luchas de la jornada, velando sobre las armas, en espera del triunfo.

Mas por desgracia, malos jefes, malos mexicanos, ricos propietarios que temían por sus intereses y por sus vidas, impusieron sus medrosos egoismos, disfrazados de conveniencias generales, ante la vacilante y débil actitud del general Ampudia, á quien se le aconsejó que solicitara del enemigo el que aceptase la capitulación de la plaza bajo honrosas condiciones.

¡Con qué rubor, con qué amargura tenemos que escribir estas líneas, al trazar el relato de estos episodios que quisiéramos fuesen todos luminosa y ampliamente gloriosos para la vida militar del ejército de

nuestra querida patria! Pero es preciso acatar el deber de referir todo diciendo la verdad entera y única!...

¡Si que hay gloria, y mucha, en aquel ejército mexicano de entonces que combatió tras los muros de Monterrey... los mismos invasores lo afirman! pero esa gloria pertenece sólo á la tropa y á la oficialidad subalterna, no corrompida aún por el oro de las ambiciones de aquel feudalismo extraño, de la aristocracia del sable y de la cruz, que más tarde habría de seguir ensangrentando la patria...

Porque, justo es decirlo, los oficiales pelearon en Monterrey como simples soldados, guarneciéndose en la fortificación, con la munición y empuñando el fusil, dando ejemplo de gallarda intrepidez y de ímpetu valeroso en lo más recio de la contienda.

Aquella misma noche el general Ampudia, resuelto á capitular, después de una *junta de guerra* á la que asistieron los generales jefes de brigadas y de cuerpos, envió al campo enemigo del general Taylor un oficial parlamentario proponiendo conferenciar para un arreglo entre ambos beligerantes.

Á muy buena hora llegaba semejante emisario, pues el jefe americano, en vista de la obstinada resistencia de la plaza, previendo que si insistía en sus ataques éstos tendrían que ser rechazados, ó al menos muy ligeras ventajas y avances podría obtener, y que por otra parte pronto se le agotarían los víveres y municiones, si trataba de continuar el asedio en toda forma sin fuerzas de reserva, y separado cuarenta leguas de su base de operaciones, había preparado ya la retirada de su ejército hacia Camargo, donde pensaba esperar refuerzos de hombres, víveres, artillería gruesa y material de sitio.

Mas he aquí que la Fortuna le brindaba con un triunfo tan inesperado como fácil y para él aparentemente brillante. Cuando, según algunas versiones, trataba Taylor de tener cualquier acomodo con el jefe de la guarnición mexicana, recibió un parlamentario con proposiciones que hicieron cambiar de súbito su plan.

Entonces contestó á Ampudia que no admitiría más condiciones de su parte, que la rendición absoluta de la plaza que habría de entregarse á discreción, permitiendo sólo, por mera caballerosidad, que los oficiales conservaran sus espadas, debiendo jurar no esgrimir ellos nunca sus armas contra el ejército de los Estados Unidos.

Semejante proposición de parte del enemigo era un sangriento ultraje al ejército sitiado, y Ampudia, al fin, protestó con toda energía, prorrumpiendo, con noble cólera surgida del fondo de su conciencia que tuvo un relámpago de lucidez, recordando las viejas tradiciones que hablan de la gloria, del patriotismo y del honor, en esta frase:

— Antes que aceptar esas condiciones me haré sepultar con todas mis tropas y con toda la población bajo los escombros de la Ciudad!

El general Worth propuso entonces que hubiese una conferencia entre individuos escogidos de uno y otro bando, para que discutieran los preliminares de la capitulación, nombrándose para ello, por nuestra parte á los generales Ortega y Requena y al Gobernador de Nuevo León: Llano; y por parte del enemigo al mismo general Worth, al coronel Davis y al Gobernador de Texas: Henderson.

Nuestros representantes discutieron con acaloramiento las bases del tratado, exigiendo en un principio

que la guarnición saliera de la plaza con toda su artillería, sus armas, sus trenes de víveres y municiones, á tambor batiente y con banderas desplegadas, saludadas por el ejército enemigo, con todos los honores de Ordenanza.

Estas proposiciones fueron rechazadas por los representantes del Beligerante y las negociaciones estuvieron á punto de romperse, hasta que por fin hubo de transigirse por ambas partes, firmándose definitivamente la triste Capitulación de Monterrey.

He aquí las bases en que se convino para la entrega de esa importante plaza:

ART. 1° — Como legítimo resultado de las operaciones sobre este lugar y la posición presente de los ejércitos beligerantes, se ha convenido que la ciudad, las fortificaciones, las fuerzas de artillería, las municiones de guerra y toda cualquiera propiedad pública, con las excepciones abajo estipuladas, serán entregadas al general en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos, que se halla al presente en Monterrey.

2° — Á las fuerzas mexicanas les será permitido retener las armas siguientes: los oficiales sus espadas, la Infantería sus armas y equipo, la Caballería sus armas y equipo, la Artillería una batería de campaña que no exceda de 6 piezas con 21 tiros.

3° — Las fuerzas mexicanas se retirarán dentro de 7 días contados desde esta fecha, más allá de la línea formada por Paso de la Rinconada, la ciudad de Linares y San Fernando de Presas.

4° — La Catedral nueva, nombrada Ciudadela de Monterrey, será evacuada por los mexicanos y ocupada por las fuerzas americanas mañana á las 10 de ella.

5° — Con objeto de evitar encuentros desagradables

y por conveniencia mutua, las tropas americanas no ocuparán la ciudad hasta la evacuación de ella de las fuerzas mexicanas, exceptuándose para ello las casas necesarias para hospital y almacenes.

6° — Las fuerzas de los Estados Unidos no avanzarán más allá de la línea especificada en el 2° artículo, antes de ocho semanas ó el tiempo que se juzgue necesario para recibir las órdenes é instrucciones de los gobiernos respectivos.

7° — La propiedad del gobierno general será entregada y recibida por oficiales nombrados por los generales en jefe de ambos ejércitos.

8° — Cualquiera duda que ocurra sobre la inteligencia de los precedentes artículos se resolverá de la manera más equitativa, y sobre principios de liberalidad para el ejército que se retira.

9° y último. — Se hará un saludo por la misma batería de la Catedral nueva nombrada Ciudadela al tiempo de bajar la bandera mexicana.

Todavía mientras se practicaban los arreglos y negociaciones conducentes á la entrega de la plaza, el enemigo ejecutaba actos de hostilidad manifiesta; no obstante las protestas de nuestros generales, entre las que hay que hacer constar la de Uraga que defendía el puesto aislado de la Ciudadela donde habia una guarnición de cerca de 500 hombres. En un principio trató de resistir, pero comprendiendo que carecía de agua y víveres se sujetó á las estipulaciones de la Capitulación.

El día 25 de septiembre de 1846, evacuaron la plaza de Monterrey las tropas mexicanas que la guarnecieron, después de haberse arriado nuestra bandera, saludada por los disparos de una batería americana, enarbolando el enemigo la suya, á la cual nuestros cañones tuvieron que rendir homenaje con sus fuegos de salva!

El día 26 principió el movimiento de retirada de la guarnición de Monterrey rumbo al Saltillo, llevando á su frente al general en jefe, la primera brigada y dos regimientos de caballería. En los días subsecuentes fueron saliendo el resto de las tropas.

¡ La sultana del *Septentrión*, la Ciudad Sagrada de la Frontera cayó así en poder del enemigo, viendo tristemente alejarse las valientes tropas que la defendieron y que hubieran podido seguir la lucha con esperanzas de salvarla de las garras del Águila del Norte, si hubiera habido más energía y menos corrupción en los próceres que entonces dominaban con todo egoísmo, y sin vergüenza íntima, al entonces desdichado pueblo mexicano!



VI

HACIA LA ANGOSTURA

El ejército que capituló en Monterrey se dirigió primero hacia el Saltillo, por brigadas escalonadas, emprendiendo luego la marcha á San Luis Potosí, á donde llegó el 17 de Octubre. En esta ciudad se estaban reuniendo desde principios del mes las fuerzas de la República, á las órdenes del general Santa-Ana, quien había obtenido permiso del Congreso Nacional para separarse del mando político y ponerse al frente de las tropas.

Á mediados de Noviembre se incorporaron 2000 hombres de Guadalajara, compuestos de tropa permanente y un cuerpo de Guardia Nacional. Después, llegó el general Valencia con las fuerzas Auxiliares de Guajuato, habiendo desplegado gran actividad para levantar el espíritu de patriotismo en las poblaciones del Bajío.

Santa Ana se dedicó á la reorganización del Ejército, intentando convertir en verdaderos batallones y regimientos aquellos grupos de hombres semidesnudos. Era preciso ante todo dar instrucción militar y disciplina, á cuyo objeto tendieron los esfuerzos del General en jefe. Se ordenaron diarios ejercicios por brigadas y